



# Cómo repudió una clase social a su Libertador

| Miguel Acosta Saignes |



# Como repudia una clase social a su Libertador

| Miguel Acosta Saignes |



**CÓMO REPUDIA UNA CLASE SOCIAL A SU LIBERTADOR** Miguel Acosta Saignes

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información  
Av. Universidad, Esq. El Chorro, Torre Ministerial, pisos 9 y 10.  
Caracas-Venezuela.

[www.minci.gob.ve](http://www.minci.gob.ve) / [publicaciones@minci.gob.ve](mailto:publicaciones@minci.gob.ve)

Rif: G-20003090-9

**DIRECTORIO**

**Mauricio Rodríguez**

Ministro del Poder Popular para la Comunicación y la Información

**Alejandro Boscán**

Viceministro de Estrategia Comunicacional

**Helena Salcedo**

Viceministra de Gestión Comunicacional

**Roberto Malaver**

Director General de Difusión y Publicidad

**Gabriel González**

Director de Publicaciones

**Ingrid Rodríguez**

Coordinadora de Publicaciones

**Francisco Ávila**

Corrección

**Omar Cruz**

Ilustración

**Luis Cardozo**

Diseño y montaje

Depósito Legal: lf87120103202543

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

Agosto, 2010



**H**an dicho algunos sociólogos, juzgando sobre correlaciones muy simples, como si ellas fuesen expresión de leyes de la historia, siempre multifactorial, dialéctica, que “las revoluciones devoran a sus hijos”. Algunos caen por la justicia colectiva. Ella no olvida, aunque a veces parezca lo contrario; parecen quienes intentan juzgar a las transacciones; muchos desaparecen porque se trata de revoluciones a medias, donde se han modificado profundamente algunos factores, mas otros han seguido vivos y actuantes. Nuevas clases, surgidas de complicados cruces de elementos, sacrifican a conductores eximios, cuando ellas toman el poder abierta o subrepticamente, para defender antiguas posiciones, amorti-

guadas mientras rugía la tempestad del cambio. Vamos a referir el caso terrible de Simón Bolívar. Dijo en el Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, al describir sintéticamente cuanto había ocurrido desde 1810: “No he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebató como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos...” Muchas veces repitió interpretación semejante, con la cual superaba a mil historiadores y sociólogos que habrían de juzgar sobre su vida y la de su tiempo. Comprendió—y por eso mereció el título de Libertador— su papel eminente de intérprete de las voluntades colectivas. Comenzó por responder a la de su clase, la de los mantuanos, cuyos pensamientos expresó vivamente en ocasiones innumerables. Hablando como en nombre del pueblo todo, más en lo profundo sólo por su clase social, sostuvo, ante los legisladores de Angostura:

Nuestra suerte ha sido siempre puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula y nos hallábamos en tanta más dificultad para alcanzar la libertad, cuanto que estábamos en un grado inferior al de la servidumbre; porque no solamente se nos había robado la libertad, sino la tiranía activa y doméstica [...] La América todo lo recibía de España que realmente la había privado del goce y ejercicio de la tiranía activa, no permitiéndonos sus funciones en asuntos domésticos y administración interior. Esta abnegación nos había puesto en la imposibilidad de conocer el curso de los negocios públicos; tampoco gozábamos de la consideración personal que inspira el brillo del poder a los ojos de la multitud, y que es de tanta importancia en las grandes revoluciones. Lo diré de una vez, estábamos abstraídos, ausentes del Universo en cuanto era relativo a la ciencia del gobierno.

Ya había expresado lo mismo en la Carta de Jamaica, cuando arrancaba sin contacto aún con el pueblo todo, lleno solamente de las teorías liberales y de las tradiciones de su clase. Allí explicó:

Se nos vejaba con una conducta que además de privarnos de los derechos que nos correspondía, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo, Gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal que es tan necesario conservar en las revoluciones. He aquí por qué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos era permitido ejercer sus funciones.

Los americanos en el sistema español que está en vigor, y quizá con más fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores; y aun esta parte coartada con restricciones chocantes: tales son las prohibiciones del cultivo de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el Rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la misma Península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad, las trabas entre provincias y provincias americanas, para que no se traten, entiendan, ni negocien; en fin, ¿quiere usted saber cuál era nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón; las llanuras solitarias para criar ganado, los desiertos para cazar las bestias feroces, las

entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta [...] Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso, sea meramente pasivo, ¿no es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?

Habló aquí Bolívar de los “moradores del hemisferio americano”, lo cual significaba para él las que habían sido colonias españolas, de “nuestro destino”, de “América”, de “la América”. Mas, todo ello significaba en realidad los criollos, los mantuanos, la clase social que reivindicaba todo lo señalado por Bolívar en la Carta de Jamaica y en Angostura como en un memorial de agravios para justificar la Revolución. Había de conservar siempre fidelidad a su clase, portadora de los estandartes directivos, mediante el desarrollo de la historia de Hispanoamérica o, como después se ha dicho, Latinoamérica. Pero pronto entró en contradicciones múltiples con esa clase de

los mantuanos, que lo utilizó como gran dirigente por su genio, por sus increíbles capacidades políticas y organizativas, por su calidad moral y por su resistencia física, por sus dotes de conductor y por su decisión profundamente anticolonial. Ya ante el Congreso de Angostura encontró el primer tropiezo, que se repetiría incansablemente hasta Bolivia. Fue la primera contradicción entre el empeño de Bolívar de lograr la libertad de los esclavos y la resistencia de los mantuanos representados en los Congresos, así como de aquellos militares elevados a posiciones políticas que aspiraban a usufructuar cuanto había beneficiado a los mantuanos. Pidió la libertad de los esclavos, mejor dicho, que se ratificase su decreto de Carúpano, en el cual daba el primer gran paso para hacer de cada esclavo un combatiente por la libertad republicana. Se aprobaron todas sus medidas. Sobre los esclavos se aceptó por primera vez una proposición acerca de lo que llamó “libertad de vientres” a la

postre aprobada por el Congreso Constituyente de Cúcuta, a pesar de un estremecedor mensaje que él remitió al Presidente de ese organismo, inmediatamente después de la batalla de Carabobo.

La sabiduría del Congreso General de Colombia—escribió—está perfectamente de acuerdo con las leyes existentes en favor de la manumisión de los esclavos; pero ella pudo haber extendido el imperio de su beneficencia sobre los futuros colombianos que recibimos en una cuna cruel y salvaje, llegan a la vida para someter su cerviz al yugo. Los hijos de los esclavos que en adelante hayan de nacer en Colombia deben ser libres... El Congreso General [...] puede decretar la libertad absoluta de todos los colombianos al acto de nacer en el territorio de la República [...] Sírvase V.E. elevar esta solicitud de mi parte al Congreso General de Colombia para que se digne concedérmela en recom-

pensa de la batalla de Carabobo, ganada por el ejército libertador, cuya sangre ha corrido sólo por su libertad...

A pesar del significado de Carabobo, que consolidaba la libertad de Venezuela y Colombia, el Congreso permaneció inmovible. Las solicitudes de Bolívar llegaron hasta el Congreso Constituyente de Bolivia en 1826. Igual resultado, por lo cual la esclavitud se extendió en el tiempo, en Venezuela, hasta 1854. Otra contradicción de consecuencias resaltantes ocurrió con el mismo Congreso de 1821. Bolívar propuso que se aceptase como cabeza de la nueva República de Colombia a Cúcuta, para balancear las distancias, las diferencias de caracteres, la diversidad de opiniones, pero se trasladó la capital a Bogotá con tremendos resultados, como presintió cuando en presencia de O’Leary dijo, al oír repicar las campanas bogotanas en honor del Congreso: “Están doblando por Colombia”.



Su clase social  
lo perseguía  
como si hubiese sido  
un animal dañino,  
sólo porque no  
se había plegado  
a las ambiciones  
de los antiguos  
gobernantes.  
**Miguel Acosta Saignes**



Continuaron los triunfos de Bolívar en lo político y en lo bélico, con la aquiescencia de los criollos de Venezuela, la antigua Nueva Granada y Perú, así como los de Ecuador y después, en 1826, los de Bolivia. Pero aumentaron las contradicciones por motivos diversos, Bolívar concedió a los indígenas constantes reivindicaciones, un poco a cambio de que contribuyeran a mantener a los ejércitos que iba formando en cada futura república.

Ya después de Junín se inició el descenso, es decir, comenzó la lucha de las oligarquías formadas rápidamente, después de las primeras libertades, en Venezuela y Nueva Granada. Así, cuando para sellar los triunfos contra los colonialistas españoles preparaba el Libertador la batalla decisiva de la lucha anticolonialista, recibió en Huancayo, el 24 de octubre de 1824, notificación de que se le suspendían las prerrogativas concedidas por ley del 9 de octubre

de 1821. Ya no podría formar ejércitos ni mandarlos fuera del territorio de la República Colombiana. No podría, así, dirigir la batalla final que había venido preparando por largos meses con Sucre. Conmovido hasta lo profundo del ánimo, hizo remitir a éste una simple notificación de Secretaría. La conmoción en el Ejército del Sur fue tremenda. Los altos jefes enviaron un extenso mensaje, en el cual se decía: “El Ejército ha recibido ayer con el dolor de la muerte la resolución que V.E. se ha dignado comunicarle [...] V.E. no podría separarse de él sin faltar a compromisos sellados con nuestra sangre...” Sucre notificó que se suspendía el cumplimiento de la resolución, mientras llegaba la respuesta. Es decir, Bolívar había podido rebelarse contra el Congreso de Bogotá, respaldado íntegramente por el Ejército.

Escribió mensajes y cartas, nombró a Sucre como sustituto y permaneció fiel a su clase cuando

ésta le infería un lanzazo en el costado de sus glorias. Fue esta una de las grandes ocasiones en que el huracán revolucionario puso a prueba toda su lealtad.

Después de Ayacucho recibió Bolívar en el Sur toda clase de reconocimientos. Nadie desconoció que la batalla había sido producto de su genio estratégico. Volvió a Bogotá sólo a fines de 1826, llamado para que fuese a someter a Páez. Citado éste a Bogotá para rendir cuentas de su conducta por supuestos atropellos o reales desacatos, se negó. El Congreso decidió enviar al Libertador a someterlo. Era colocarle sólo como mandadero bélico, como brazo ejecutivo sólo de las decisiones del Congreso. Tragó ahora Bolívar esta copa de vinagre, se fue a Venezuela con un ejército, reinstaló a Páez en todos sus poderes, basado en disposiciones constitucionales, y permaneció en Caracas reorganizando la hacienda pública, con el

auxilio de Revenga, y sentando bases educativas con la cooperación de Vargas.

El Congreso de Bogotá no se atrevió a desconocer sus actuaciones. Cuando regresó a Colombia ya habían surgido graves problemas en la lucha que comenzaban a sostener los criollos de Colombia (Nueva Granada y Venezuela) y los del Perú, Ecuador y aún Bolivia naciente. Temían las clases gobernantes de las nuevas naciones a los ejércitos encabezados por Bolívar, conocidos durante el proceso de independencia como Auxiliares. Había cesado la necesidad de los Auxiliares, se argüía, y los ejércitos estacionarios significaban para cada país, y cada región, una carga dura. Se empleaban arbitrios como en plena independencia, consistentes en situar en las regiones más productivas a las divisiones, repartidas en diversos pueblos de los cuales recibían mantenimiento. Fue Bolívar quien cargó con el grave proble-

ma. Se le acusaba de no devolver a los colombianos a sus antiguas residencias del nuevo reino y Venezuela. Se le atribuían intenciones de dominio general, y no sólo se le acusó de monárquico, sino de intentar un Imperio de los Andes, del cual sería el supremo mandatario de por vida.

Para los médicos que habían estudiado la patología del Libertador, éste padeció durante sus últimos años paludismo, disentería, parasitosis, tuberculosis. Para los psiquiatras sufrió las graves tensiones del huracán revolucionario, proyectadas sobre el fondo infantil de abandonos y rebeldías tempranas. Tuvo otros padecimientos que ellos no han diagnosticado: el abandono y la persecución de su propia clase, a la cual permaneció siempre fiel, a pesar de las torturas a que lo sometió, desde Angostura, cuando negó el Congreso la libertad de los esclavos, hasta la prohibición, en 1824, de dirigir su esfuerzo bélico máximo,

la batalla de Ayacucho. Después fue peor: se le acusó de tirano, aspirante a la monarquía o al imperio, ambicioso y traidor. En cierto modo ello culminó con el intento de asesinato el 25 de septiembre de 1828. Por voluntad de los pueblos tomó entonces otra dictadura, consciente de que era el final, y nueva culminación se produjo cuando levantada Venezuela en 1829 y 30 contra la joven república colombiana renunció definitivamente ante el Congreso Admirable, en enero de 1830. En todo momento comprendió que el huracán revolucionario había cesado en el ímpetu generoso. En 1828 escribió a Córdova: “Yo tengo demasiada fuerza para rehusar ver el horror de mi pena...” Estaba en medio de ella, impertérrito, como lo había estado en sus grandes batallas bélicas. Ante el Congreso Admirable, al renunciar irrevocablemente a todo mando, explicó: “...Todos, todos mis conciudadanos gozan de la inestimable fortuna de parecer inocentes a los ojos de la sospecha: sólo

yo estoy tildado de aspirar a la tiranía [...] Cesaron mis funciones públicas para siempre...” Después vio cómo el Mariscal Antonio José de Sucre, presidente del Congreso, fue enviado a Venezuela para convencer a Páez, Mariño y todos los disidentes de que mantuviesen la unión que había sido tan productiva durante la guerra contra los colonialistas. Supo, enfermo en Bogotá, como Mariño no había dejado pasar a Sucre más allá de Táriba. Después, listos para salir de Bogotá hacia la Costa, donde soñaba embarcar para tierras extranjeras, tuvo conocimiento de que avanzaba la rebelión en Venezuela.

Se despidió del Congreso así: “El bien de la patria exige de mí separarme para siempre del país que me dio la vida, para que mi permanencia no sea un impedimento a la felicidad de mis conciudadanos”.

Hizo vender todos los objetos de valor que poseía y por todo peculio obtuvo diecisiete mil pesos.

Él había distribuido siempre sus sueldos entre sus parientes y amigos, entre los familiares de soldados y oficiales del ejército. Ahora carecía de una suma que le permitiese siquiera residir algún tiempo en el extranjero. Pero todos sus antiguos devotos de clase lo empujaban ahora a un exilio en la miseria y en la enfermedad. Salió de Bogotá el 8 de mayo de 1830. Al partir lo despidieron sus grandes afectos. Sucre no llegó a tiempo para abrazarlo. Por las calles sus adversarios hicieron que turbas desagradecidas le gritasen “Longaniza”, apodo de un pordiosero demente.

Pasó al día siguiente por Guadañas y después por Honda, donde lo recibieron como futuro salvador, otra vez, de la patria y del caos. El 6 de mayo había aprobado el Congreso en Venezuela: “Venezuela —escribieron— protesta que mientras el General Bolívar permanezca en el territorio de Colombia, no tendrán lugar aquellas transacciones...” El 14 de

mayo los electores de la provincia de Carabobo declararon que “siendo el general Bolívar un traidor a la patria, un ambicioso que ha tratado de destruir la libertad, el Congreso debía declararle proscrito de Venezuela...”

El 24 de mayo entregaron cerca de Turbaco, en manos del propio Libertador, tanto la resolución del Congreso como la de Valencia. Se la enviaban los gobernantes en Bogotá, antiguos ministros y subalternos suyos. Debía ir muriendo socialmente a medida que se alejaba hacia la muerte del cuerpo en Santa Marta. Después, en junio, había de recibir la noticia de la muerte de Sucre: “Han matado al Abel de Colombia”, exclamó demudado.

Le remitían constantemente, mientras se alejaba hacia la Costa y cuando ya estuvo en ésta, los periódicos de Bogotá que le zaherían. Su clase social lo perseguía como si hubiese sido un animal dañino.

Sólo porque no se había plegado a las ambiciones de los antiguos gobernantes, porque había querido constantemente la libertad de los esclavos, la redención de los indígenas, la economía organizada racionalmente, según los principios liberales, porque había compartido día a día las fatigas de los negros, de los pardos, de los blancos pobres, en todas las campañas. Sólo le llegó en su trágica ruta, en busca de un buque que lo trasladara siquiera a Jamaica, un mensaje de nobleza. Como bálsamo antiguo sobre las llagas del terrible calvario que vivía cayeron las palabras de los nobles ecuatorianos:

Los padres de familia de Ecuador han visto con asombro que algunos escritores exaltados se han avanzado a pedir a V.E. no pueda volver al país donde vio la luz primera [...] venga usted a vivir en nuestros corazones y a recibir nuestros homenajes de gratitud y respeto que se deben al Genio de la América, al Libertador de un mundo.

Bolívar no podía regresar. Perseguido, insultado, menospreciado, calumniado, iba hacia delante. Veía sólo tranquilidad del otro lado del mar. Todavía se le llamó a otro esfuerzo cuando Urdaneta tomó el poder de Bogotá. Se le convocó para un sacrificio más. Contestó, en su último acto político, a Vergara, desde Cartagena, el 25 de septiembre, cuando aún esperaba el barco salvador:

Usted me dice que dejará luego el ministerio porque tiene que atender a su familia, y luego me exige usted que yo marche a Bogotá a consumir una usurpación [...] Nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones [...] Nunca debieron ustedes contar conmigo para nada, después que había salido del mando y que había visto tantos desengaños [...] Este sacrificio sería inútil, porque nada puede un hombre contra el mundo entero [...] Hay más aún.

Los tiranos de mi país me lo han quitado y yo estoy proscrito, así, yo no tengo patria a quien hacer el sacrificio...

Así fue el viaje del terrible vía crucis. Hasta el último día de la agonía, el 17 de diciembre de 1830, estuvo entre centuriones enviados por la clase a la que había libertado. Doña Alma Taylor Barton de Mier, nieta del español Joaquín de Mier, en cuya quinta expiró Bolívar, contó una tradición de su familia sobre la residencia en San Pedro Alejandrino: “Allí había—dijo doña Alma—vigilándolo, una escolta de dos compañías de soldados, que mi abuelo hospedó bien lejos de los ojos de Bolívar...”

Publicado en la revista *Casa de las Américas*,  
No. 138, mayo-junio de 1983, año XXIII.

En los talleres gráficos  
de la  
IMPRESA NACIONAL Y GACETA OFICIAL  
se terminó de imprimir esta obra  
en agosto de 2010

Caracas, Venezuela





Ministerio del Poder Popular  
para la **Comunicación y la Información**

